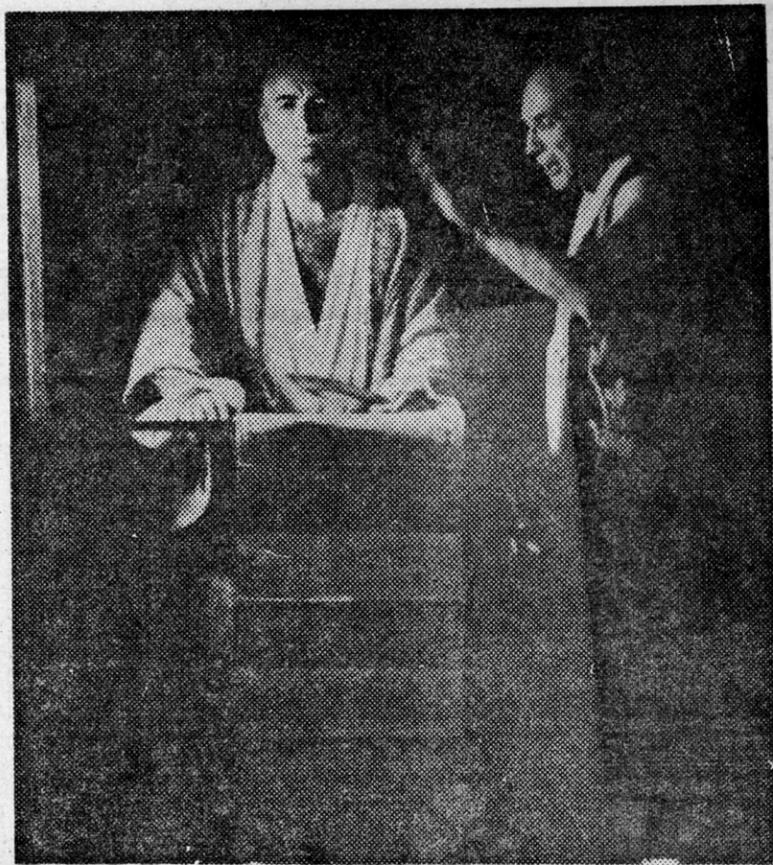


LLAMADO "TARTUFFE"

En esta temporada teatral parisina que ha visto instalarse sólidamente la dictadura crítica de Michel Cournot (el cual, desde «Le Monde» y sustituyendo a Poirrot-Delpêche, hace y deshace, éxitos y fracasos), han destacado, sobre una veintena de espectáculos dignos de ser vistos, tres grandes montajes: «La tragédie optimiste», de V. Vichnevski (dramaturgo soviético, nacido en 1900 y muerto en 1951), en una puesta en escena de Jean-Pierre Vincent, «Le Tartuffe», de Molière, dirigido por Roger Planchon, y «Le nuage amoureux», montaje de un joven director turco, Memet Ulusoy, sobre textos del poeta, también turco, Nazim Hikmet. Tres textos absolutamente dispares (un clásico, un poeta asiático y un dramaturgo sobre el que pesa, como un anatema u un insulto, y no como una simple definición orientadora, la etiqueta del «realismo socialista») han servido como punto de partida para los tres mejores espectáculos del año teatral.

No he tenido ocasión de ver el montaje que Vicent ha realizado de «La tragedia optimista», montaje que ofrecía —al margen del valor intrínseco de la pieza— el interés de llegar después de «Capitaine Schelle, capitaine Eçço» (Rezvani), de «En la jungla de las ciudades» (Brecht) y de «Woyzeck» (Büchner), es decir, el interés de ser el primer montaje de un texto políticamente «ortodoxo» realizado por un director izquierdista, o sea, heterodoxo políticamente. Dejando a parte «Le nuage amoureux», del que me ocuparé en una próxima edición de «Teatro/eXpres» Vicent y Planchon han venido a confirmar la total vigencia de dos autores que, salvando todas las distancias y por razones muy dispares son víctimas, habitualmente, de un mismo maleficio: el de su pesadez, su inadecuación a los tiempos modernos.



En un cuadro casi flamenco, Guy Tréjean (Orgon) y G. Guillaumat, su cuñado Cléante

Planchon, Villeurbanne y el T.N.P.

Planchon es, probablemente, el hombre de teatro más polifacético de Francia. El más polifacético, y el más irregular. Como autor —desde «La remise» (1962), hasta «Le cochon noir», su última pieza, pasando por «L'infâme» (1969), basada en el asesinato de una mujer a punto de dar a luz en manos de su amante, y padre de la criatura, el párroco de Uruffe—, no puede situarse más allá de la tercera fila. En él confluyen, en una simbiosis no siempre feliz, el católico postconciliar y el hombre de teatro post-brechtiano, es decir, una religiosidad torturada y un sentido extremadamente individual de la moral y la conciencia, y una visión del mundo netamente materialista. He aquí su singularidad y su debilidad como dramaturgo: Planchon corre el riesgo constante de no complacer ni a los vaticanistas ni a los brechtianos, precisamente por situarse en un punto donde se confunden el Concilio y el Berliner Ensemble, el cardenal Danielou —re-

cientemente fallecido en una situación más bien incómoda— y Jean Vilar.

Pero si, como dramaturgo se sitúa en la tercera fila, como actor hay que colocarlo en la segunda. Planchon es de estos actores cerebrales que se dejan guiar, casi exclusivamente, por criterios estrictamente intelectuales. Si no hay en sus interpretaciones —al menos las que yo he visto— ningún destello de genialidad, nadie le gana en coherencia desde el punto de vista de la composición y claridad de sus personajes.

Como director, en fin, nadie puede discutirle el primer rango, compartido —evidentemente— con otros nombres ilustres, como Chéreau, Vincent, Mouchkine, Garran, Wilson, Barrault, Sobel, y algún otro. No se lo ha discutido ni siquiera el ex-ministerio de Asuntos Culturales, que hace exactamente un año y un día le nombró co-director del Théâtre National Populaire, en su nueva sede de Villeurbanne, y junto a Patrice Chéreau y Robert Gilbert. En esta etapa lionesa, el T.N.P. pretende convertirse en un teatro de creación, de importancia nacional, presentando en diversas ciudades francesas o francófonas una serie de espectácu-

500 pesetas por una butaca de platea, constituye por sí misma un espectáculo reconfortante para quien viene del desierto ultrapienaisico y justifica, casi, el desplazamiento. Hay que decir, también, que el montaje de Planchon y sus actores no defrauda ni a los más exigentes.

Planchon había montado este mismo texto hace diez años. Su actual puesta en escena parte de la anterior, pero la renueva sustancialmente. Para narrarnos la peripecia de Orgon —un burgués «ascendente» que se deja seducir por el falso devoto Tartuffe, hipócrita, lascivo y ambicioso, que se ampara en la religión para enriquecerse—, Planchon utiliza el dispositivo escénico inventado por René Allié (sustitución del marco pequeño burgués en que solía representarse la pieza por un espacio escénico que sugería los fastos versallescos), pero la hace desde un ángulo nuevo. La acción se sitúa en un viejo palacio, recientemente adquirido, y que Orgon, su nuevo propietario, manda renovar totalmente. En otras palabras, la acción transcurre en un lugar que se halla en plena transformación, y donde el trabajo de unos —los mudos obreros de la construcción— sirve para el presti-

arquitectónica de Orgon es algo más que un simple cambio material: es también la sustitución de unos símbolos caducos por los que corresponden a una nueva mentalidad.

Pero la habilidad de Planchon va más allá del mero descubrimiento de una idea. Planchon, de escena a escena, va descubriéndose las distintas dependencias del palacio, va mostrándonos progresivamente el verdadero alcance de la transformación ampliando cada vez más el espacio escénico. La belleza del dispositivo es extraordinaria, y su utilización casi perfecta. Sólo puede reprochársele a Planchon una excesiva tendencia a un barroquismo no siempre justificado que, a veces, oscurece la lectura de la acción. Nos hallamos, ante este «Tartuffe», muy lejos de la simplicidad escenográfica de aquellos «Tres mosqueteros» que sedujeron al público del Festival Internacional de Teatro de Barcelona en 1971. Planchon, en aquel caso, confeccionó un texto a su medida. En «Le Tartuffe» no ha cambiado ni una coma del texto de Molière —limitándose a añadir, al principio y al final, susurradas como en un confesionario, dos citas de San Francisco de Sales—, y su adaptación ha sido meramente escénica, gestual y escenográfica, sin apoyo literario. Tarea, ésta, nada fácil, que dificulta a veces la comprensión del espectáculo, sobre todo si el espectador no ha leído previamente, en el programa, las intenciones del director.

La adaptación, sin embargo —y al contrario de lo que suele ocurrir entre nosotros— es de una absoluta fidelidad a Molière. Como éste, Planchon se propone denunciar vigorosamente la religiosidad hipócrita, o la instrumentalización con fines terrenales del mensaje evangélico. El de Planchon, presidido por una

estatua de Cristo ante Pilatos, es un montaje perfectamente católico, y la prueba de ello es que, según puede verse en la carta de una espectadora que reproducimos más abajo escandaliza sobre todo a los católicos.

La confirmación de este hecho se halla precisamente en la interpretación que el propio Planchon hace de Tartuffe. Lejos de presentarlo como a un personaje sutil, inteligente, astuto y refinado, Planchon nos ofrece un falso devoto grosero, sin matices, monolítico, sin escrúpulos ni inteligencia, que enseña sus cartas descaradamente al público en un guiño casi constante. No hay en Planchon ni inflexiones de voz ni de gesto. Destruye, imolacablemente a su personaje, le obliga a arrastrarse por el suelo, a besar ignominiosamente los pies de su protector.

Esta es, sin embargo, la debilidad de Planchon, de su montaje. Al presentar con tanto vigor los aspectos negativos de su personaje, al privar a éste del menor destello de inteligencia, reduce a su oponente —el burgués Orgon, seducido por el falso devoto— a un muñeco que duda constantemente entre la estupidez y la frivolidad. Orgon no se da cuenta en ningún momento de aquello que para el espectador es la evidencia misma: la mala fe de Tartuffe. Pero al negar toda inteligencia a Orgon, Planchon subestima a la nueva clase ascendente y se ve obligado a explicar su conducta, exclusivamente, por sus inclinaciones homosexuales.

Ello no significa que la interpretación de Planchon-actor sea deficiente. Antes bien, es una actuación extraordinariamente rigurosa, donde todo está al servicio de una idea, de una intención perfectamente delimitada. Lo mismo ocurre con los demás actores, y en especial con Arette Gilbert, que interpreta con una maestría poco común el personaje de la criada de Dorine. Gracias a su inteligencia, al trabajo de sus colaboradores y a los medios puestos a su disposición (la riqueza sólo es nociva en el teatro cuando no sabe utilizarse), Planchon nos ofrece un espectáculo impresionante, donde se mezcla la defensa de una religiosidad progresiva y la voluntad de mostrar la profunda contradicción que puede existir a veces entre una ideología y unos sentimientos o —dicho en otros términos— el hecho de que casi siempre una personalidad psicológica encubre, en realidad, unas actitudes sociales de las que no somos conscientes.

Planchon, por último, viene a recordarnos la vigilancia de los clásicos. ¿Se atrevería alguien a montar entre nosotros este «Tartuffe» que sólo exige doce actores y del que poseemos una magnífica traducción catalana debida a Joan Oliver?

Jaume MELENDRES

CARTA ABIERTA DE UNA ESPECTADORA

Sr. Roger Planchon

Muy señor mío:

Vi ayer noche su «Tartuffe». La puesta en escena es soberbia, y lo es también la interpretación, en especial la de usted. Pero al final no aplaudí.

Usted atribuye a Orgon inclinaciones que, en la obra de Molière, no aparecen de ninguna forma. Sólo puede explicarse que usted se las atribuya porque con el escándalo se consigue un mayor éxito. La puesta en escena está bien, supongo que con esta mansión vieja y casi en ruinas usted ha querido representar la estructura social ya podrida y tambaleante en aquel momento, pero el Cristo muerto (¡qué dolor el mío, al ver al hermoso Cristo de Lebrún en una obra como ésta!) no tiene ninguna razón de ser. Le guste a usted o no, la religión no había muerto entonces, como tampoco ha muerto hoy (usted mismo puede comprobar, por esta carta, que hay católicos perfectamente vivos y despiertos), puesto que produjo algunos de los mejores genios de su lengua: Pascal, Fénelon, Bossuet, etcétera. No hablemos ya de los santos; no menciono ni siquiera a los mejores, porque supongo que para usted no cuentan. Usted es un ingrato. Su país debe a la religión lo mejor que tiene.

Usted me dirá: ya lo sé, pero atacando a la religión y moviendo escándalo se gana más dinero.

No puedo felicitarle por esto. Le saluda atentamente,

Myriam de la Riestra (Buenos Aires, Argentina)

(Del programa de mano de «Le Tartuffe».)



Planchon, en plena humillación simulada

los creados en la «banlieue» de Lyon. El balance de esta primera temporada totaliza cinco montajes: «La dispute», de Marivaux y «Toller», dirigidos por Chéreau, y «Par-dessus bord», de Vinavert, «Le cochon noir», de Planchon, y «Le Tartuffe», puestos en escena por el propio Planchon.

En el teatro como en el estadio

Lo que hay que agradecer a un hombre de teatro no es tanto que haga buenos espectáculos, como que, haciéndolos, sea capaz de arrastrar a las multitudes. Esto es, exactamente, lo que ha conseguido Roger Planchon con su «Tartuffe»: después de un mes de representaciones, una verdadera masa de espectadores ansiosos se agolpaba a las puertas del Théâtre de la Porte de Saint-Martin (recientemente abandonado por el milenario «Hair»), con empujones, insultos a la burocracia y una neta predisposición al soborno de los empleados, para asistir a la representación última de «Le Tartuffe». Esta multitud hambrienta, que paga

los creados en la «banlieue» de Lyon. El balance de esta primera temporada totaliza cinco montajes: «La dispute», de Marivaux y «Toller», dirigidos por Chéreau, y «Par-dessus bord», de Vinavert, «Le cochon noir», de Planchon, y «Le Tartuffe», puestos en escena por el propio Planchon.

ACCION DRAMATICA EN HOSPITALET

(FESTIVALES POPULARES VERANO 1974)

Días Obras y Grupos	Lugar
6 «Non Plus Plis», por Els Comediants	Pista Polideportiva Centro Estudios Juan XXIII (Bellvitge)
11 «El gran soñador», por la Cia. Argentina de Teatro	Parque Can Buxeres
17 «Don Volpone», por Akelarre, de Bilbao	Pista Polideportiva Juan XXIII
19 «Los últimos días de soledad de R. Crusoe», por Grupo Tábano	Parque Can Buxeres
20 «El gran soñador», por la Cia. Argentina	Pista Polideportiva Santiago Apóstol (Torrassa)
25 «Los últimos días de soledad de R. Crusoe», por Grupo Tábano	Parque Can Buxeres
26 «El gran soñador», por la Cia. Argentina	Pista Polideportiva Juan XXIII (Bellvitge)
27 «Los últimos días de soledad de R. Crusoe», por Grupo Tábano	Polideportivo Santiago Apóstol en la Torrassa

Todas las representaciones comenzarán a las 10 de la noche.